



NÉSTOR TABOADA TERÁN

# MANCHAY PUYTU

EL AMOR QUE  
QUISO  
OCULTAR  
DIOS

Octava Edición

Grupo Editorial  
**Kipus**

## CAPÍTULO I

*Que trata del retorno del padre Antonio de la Asunción a la Muy Celebrada, Augusta, Noble y Riquísima Villa Imperial de Potosí y toma conocimiento del infausto fallecimiento de la mujer que había dejado en la plenitud de su vida y belleza.*

**A**Y, JESÚS, QUÉ luna clara! Rompiendo los silencios de la noche plateada de luz lunar, arribó a la monumental puerta de entrada en cuyo frontis se exhibía un escudo tallado en piedra. *Soy el rico Potosí / del mundo soy el tesoro / soy el Rey de los Montes / envidia soy de los Reyes.* Detuvo la cabalgadura para desmontar y sacudirse el polvo que se había acumulado en su hábito negro. Levantando el rostro observó la fantástica mole cónica del Qölke Wacay, la Montaña que Lloro Plata, iluminada por la luna. Hermosa, soberbia, magnífica eminencia. Dios lo había creado así, ex profeso, para que fuese señalado en el mundo entero. En sus declivos y faldas, techumbres de paja y teja, ajimeces, campanarios y cúpulas. La torre de la compañía, sonrió como si estuviese contemplándola por primera vez. ¡Casi un año de ausencia y alrededor de la Montaña Excelsa la misma atmósfera de perenne serenidad! Aspiró profundamente. Alta tierra de cielos descubiertos y alientos reprimidos. Y reanudando su caminata, a paso de canónigo, se internó por la Ronda de los Suspiros y acortó la distancia cruzando la calle prohibida de las portuguesas –siempre en fandangos a altas horas de la noche–, hasta llegar al bajo del mediodía, barrio de los gallegos y dar con las rancherías suburbanas de cantumarca de los indios infieles. ¡Arde mi corazón animado de un fuego que no se apagará nunca! Tan pequeñas, alzadas con tapiales y adobes de tierra, unas contra otras, como acobardadas por remotas furias. Llegó a la casa que se levantaba

de pronto sobre la esquina, la mansión del suburbio, con balcón de madera tallada y desde el cual podía contemplar los auténticos celajes del crepúsculo –encendidos fuegos de antawara– de todos los días y no siempre idénticos. Matices rojos, toques de amarillo, lapislázuli y añil. Presintiendo a la joven imilla, la más pura y hermosa de las mujeres, sintió como un bálsamo para sus fatigas. ¿cómo la encontraré después de tanto tiempo?, pensó con el corazón a punto de estallar por su pasión de amor. Abierto el portón de la casa, la cansina mula ingresó al patio con su pesado cargamento. Pronto sentiría contra él aquel cuerpo febril, dócil, abrasador. Se detuvo cerca del aljibe y la argolla para atar animales. En su pecho me reclinaré... ¿Habrà por ventura en la tierra una mujer como ella? desensilló y trasladó la carga al cuarto de los duendes donde preservaba no sólo las provisiones de subsistencia sino los trastos viejos de la mansión, una galería de Santos quebrados de pies y manos, Vírgenes sin cabeza, hábitos deshilachados, cálices abollados de oro dorado, candeleros en desuso, cirios pascuales y bacinicas para pedir limosnas. Mañana tengo que devolver a su dueño el animal fletado. Apretando fuertemente la petaca de cuero repujado ascendió por la escalera hacia el dormitorio. Tanto tiempo he soñado con la dulce sonrisa de sus ojos. Era consciente del desdoro que le unía a ella pero sin ninguna sensación de culpa ni pecado. A cada paso crujían los escalones como aspas de un deteriorado molino de viento. Tratando de producir el menor ruido entró a la habitación con el corazón oprimido. Se hallaba sumida en una hedionda penumbra. Buscó la cama, su cama. Y no encontró lo que pretendía hallar. Pero, cómo, ¿aquí no hay nadie? Encendió la vela del pesado candelabro de plata. Todo se hallaba tal como había dejado. La pátina del tiempo de ausencia descansaba sobre los muebles indiferentes. Los libros y los cuadros. Un Cristo gótico, implorante; sangre roja manaba por uno de sus costados. ¿Qué pasó? Yo le dejé dicho que se quedara aquí y, por lo visto, lo abandonó todo... Abrumado por ese extraño vacío sintió un oscuro desaliento. Salió alumbrándose y cauteloso llegó al segundo patio. Para reanimarse se detuvo en la puerta

de la pieza de servicio y después llamó. ¿María? Y la respuesta elocuente del silencio. ¿María?, la puerta cedió. Se hallaba todo en orden: la cama hecha con frazadas y almohada con funda bordada. Absorto, sin comprender ninguna cosa en medio del recinto. ¿Se fue acaso con otro hombre?, manifestó su primera aprensión. ¿Se la llevaron los españoles? ¿El Bigardo? Y emergiendo del silencio apareció un anciano corcovado. Soy Caoquí el Viejo, y con cortesía ceremoniosa le habló en quechua. Desde lejos vi que llegabas y vine a saludarte presto, tata Antoño, aunque tengo ya la vista cansada. Saikuskaqani. Y le salió la pregunta que se hallaba a flor de labios ¿Y María Cusilimay, Caoquí? La tierna y encantadora María Cusilimay ha muerto, tata Antoño. Sintió el religioso que el techo y las ventanas y las paredes y toda la casa se desplomaban. Encerrada aquí mismo, sola, sin dar a nadie posibilidad de auxiliarla. No obstante del súbito derrumbamiento en las tinieblas de todo lo que le rodeaba, se mantuvo erguido, percibiendo aún que el patio daba vueltas. *O dulcis Virgo María!* Tan insólito, tan injustificado, tan sorprendente era aquello. Viejo Caoquí, Dios te perdone por la torpe, ingrata y deplorable noticia que me acabas de participar. Se inclinó lentamente el Viejo a recoger el pesado candelabro y la vela apagada y quebrada. Ay, Jesús, qué luna clara, suspiró. Todas las noches, por tiempo casi indefinido, te he aguardado vigilante en la cumbre del cerro, oteando las distancias por donde nacen los senderos, para darte la noticia y cuando te divisé atravesando el Puente de los Milagros me dije sea mejor mañana, a la hora de la primera Misa, con prudencia y medida hablaré, pero la verdad que tú nomás me has precipitado a decirte tan de improviso... como ánimas exhaustas, alumbrados por la luz de la luna, ascendieron por la escalera que crujía al resistir el peso de las visitas. Después de encender nuevamente la vela, le dijo al anciano siéntate en la cama que yo me sentaré en esta silla de espaldar elevado, y recorrió con su mirada triste todo el ámbito. ¿Cuándo y por qué murió? Y Caoquí el Viejo se dispuso a responder. Ha debido ver el Cóndor Sagrado que cuando cruza el aire los que lo ven mueren. ¿Y? Y entonces le fue comiendo la enfermedad del alma, el Ajayu

Onqhoj, que terminó llevándosela a la otra vida. ¿Qué si murió entre dolores? no comía, no dormía, no salía a la calle, no tenía ojos para nadie. A mí me miraba con indiferencia como lo hacía con las enristrecidas flores del balcón, o con las gallinas y los patos y los coys que se me hace que se suicidaron, muy a su pesar. Dime ¿quiénes y dónde la sepultaron? ¿Hubo mucha gente en el velatorio? La enterramos con doña Dolores en el panteón, después que estuvo fría y tiesa como si estuviese durmiendo, no hubo velatorio. ¿Puede concebirse que mis amigos pintores y escultores no hicieran nada por salvarle la vida? ¿Y los sacerdotes de San Lorenzo, Santo domingo y la Matriz? *O Clemens o Pía!* Se me hace que estás de frío, tata Antoño, tu mandíbula está temblando. Es cierto, tiritaba y tenía seca la garganta. Bueno, Caoquí, vete con Dios, que yo trataré de descansar..., me siento tan vacío, tan débil; aseguras bien la puerta. Cuando se marchó el Viejo, el fraile escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar. ¿Qué tierra cruel ha sepultado a aquella mujer que era mi única ventura?, Uj kata kusíyniy kajta mayken jallpa mullpuykapun? ¿Víctima quién sabe de qué tormentos y dolores? Dios mío, está visto, era nada más que una mujer transitoria a pesar de toda mi esperanza, y sabiendo esta desazón, cruel como ninguna, no hubiese retornado. ¡Sumaj María, María bonita, yo no me he cansado de mirarme en tus ojos! Y paulatinamente por la ventana que atisbaba el mundo exterior, se filtraban vacilantes las primeras luces del alba. Sumido en la perplejidad, saqerqani qhallallajta, su voz le salía trémula. Animosa, altiva, jovial la dejé, saqerqani qhallallajta...

*Manchay Puytu, el amor que quiso ocultar Dios*, recrea una historia de amor desmesurado entre el cura indio, Tata Antonio, y la india sirvienta, María Cusillamay. Historia de amor prohibida por las leyes del sistema social que no acepta la doble transgresión de Tata Antonio, que siendo cura ama en exceso a una mujer y es correspondido de la misma manera.

Este libro no solo es una leyenda de amor, está lleno de registros sobre la historia de Bolivia multicultural en el Potosí Colonial, resucita la trágica historia de un pueblo roto por la colonización. Es dentro de la pluralidad de encuentros rupturas, historias, deseo y muerte que se arma esta magnífica novela de Néstor Taboada Terán.

ISBN: 978-99974-49-41-2



9 789997 449412

